



Guía de lectura

Arantza
Portabales

LA
VIDA
SECRETA
DE
ÚRSULA
BAS



Lumen

Penguin Club de lectura

LA OBRA

Úrsula Bas, escritora gallega de éxito internacional, lleva una vida tranquila en Santiago de Compostela junto a su marido y a su hija Sabela. Un viernes de febrero sale de casa para dar una charla en una biblioteca y no vuelve. Su marido, Lois Castro, denuncia su desaparición al cabo de veinticuatro horas. Úrsula, encerrada en un sótano, cree conocer bien a su secuestrador —un devoto de sus libros que la sedujo sin que ella pusiera la menor resistencia—; sin embargo, ignora que su admirador se esconde detrás de una identidad falsa y que ya ha empezado la cuenta atrás de un juego macabro cuyo trofeo es su vida.

Todo el mundo es sospechoso y parece estar ocultando algo: el esposo de Úrsula, resentido porque su vida matrimonial se ha convertido en un fracaso desde que ella empezó a tener éxito; Raquel, su mejor amiga y asistente personal, una mujer codiciosa y con una inseguridad que a menudo la lleva a actuar a espaldas de su jefa; sus fans, fervorosos y con una pasión que parece no tener límites.

El inspector Santi Abad, recién reincorporado al cuerpo de policía tras un año y medio de baja psiquiátrica, y su compañera Ana Barroso, que acaba de ser nombrada subinspectora, inician una búsqueda sin tregua con la ayuda del nuevo comisario, Álex Veiga. Todas las pistas les llevan hasta otro caso sin resolver: el de Catalina Fiz, desaparecida en Pontevedra tres años antes y con una historia con muchos —demasiados— puntos en común con el secuestro de Úrsula Bas.

La difícil relación entre Santi Abad y Ana Barroso se volverá aún más complicada cuando la vida de Úrsula empieza a correr verdadero peligro. Los límites entre el amor, el miedo, el odio y el pánico al fracaso profesional se vuelven difusos y la chispa que los unió hace años amenaza con volver a prenderse. En una investigación a contrarreloj, Abad y Barroso tendrán que desenredar un antiguo caso con tal de resolver el misterio del cautiverio de Úrsula y, en medio del paisaje húmedo y verde de la Costa da Morte, descifrar las emociones que los unen, y, al mismo tiempo y de forma inevitable, los separan.

LOS PROTAGONISTAS

SANTI ABAD: Tras las turbulencias emocionales del caso de *Belleza roja*, Santi Abad pasó bastantes meses de baja psiquiátrica. Se vio sobrepasado cuando su exmujer se encaró a la agente Ana Barroso —de quien él estaba perdidamente enamorado— al descubrir su relación extramatrimonial y le confesó que Santi era un maltratador. Ahora, después de mucha terapia y medicación, el inspector se siente preparado para volver al trabajo, pero todavía no sabe que el caso de Úrsula Bas pondrá a prueba sus logros y, sobre todo, su antiguo amor por Ana.

ANA BARROSO: Ana ha decidido centrar los últimos dos años de su vida en su carrera profesional: ahora es subinspectora y está decidida a que nada ni nadie se interponga entre ella y su trabajo. Cuando Santi Abad vuelve de su baja, tras dos años de absoluto silencio y sin haber dado ninguna explicación, Ana prefiere ignorar el pasado que los unió y dedicarse a la búsqueda de Úrsula. Sin embargo, el pasado siempre vuelve y su debilidad por Santi, a pesar de su perfil conflictivo, no tardará en aflorar y complicará su ya intrincada relación. En un mar de dudas, el nuevo comisario Álex Veiga tampoco oculta su interés por Ana, haciendo caso omiso a las jerarquías de la comisaría.

ÚRSULA BAS: Úrsula Bas es una escritora de éxito, pero con sus cuarenta años y tras superar una depresión, busca emociones más fuertes. La maternidad y la vida en pareja se le empiezan a quedar pequeñas y cuando ve la oportunidad de entrar en un juego siniestro con un admirador no la deja escapar, completamente cautivada. Cuando se dé cuenta de que el rompecabezas con Nico, su misterioso amante, empieza a ser peligroso, ya será demasiado tarde. Su cautiverio le servirá para mirarse al espejo y descubrir a la mujer en la que se ha convertido.

EXTRACTOS

«La diferencia entre la maduración y la putrefacción está en la humedad. Así sucede con la carne. Lo escuché en un programa de cocina. Aquí el aire es tan húmedo que no puedo parar de pensar que si muero, mi cuerpo, todos mis tejidos, se descompondrán rápidamente sobre este suelo. Pronto mis células entrarán en

un proceso de licuación, se desintegrarán, me convertiré en un amasijo orgánico que poco a poco se cubrirá de larvas y solo permanecerá este olor a sal que lo inunda todo.

Estoy al lado del mar. El sonido de las olas no cesa, me vuelve loca su monotonía. Ayer soñé que dejaba de estar sumi-

da en esta semipenumbra constante. De repente me vi dentro de una habitación diáfana. Las paredes eran de cristal. La habitación donde estoy solo se sustentaba por un esqueleto de hierro, el resto era transparente.

La casa estaba en mitad de una playa y el cielo era de un azul inmaculado, ni rastro de nubes. El exterior permanecía inmóvil, como si de una fotografía se tratase. El sol, en lo más alto, parecía a punto de desplomarse sobre la casa. El calor comenzaba a ser abrasador. Me ovillé en el suelo, escondí la cabeza entre las piernas y cerré los ojos. Todo era un inmenso escenario de atrezo y no quería observarlo. La playa era una playa de las de mi infancia, de las que invitaban a hacer castillos de arena. Una debería morir en una playa así. Una playa en la que el sonido del mar es un arrullo y no un ruido molesto como el rechinar de la cadena de un columpio. Sabía que debía levantarme e intentar abatir esas paredes de cristal. Pero una cárcel no lo es de verdad hasta que pierdes la esperanza de abandonarla. Rompí a llorar y después desperté. Seguía en la misma habitación. El mismo suelo terroso, el frío calando los huesos, la penumbra, el olor a sal, el susurro monótono y ensordecedor. Nada había cambiado.

Da igual cuánto falta para que me mate. Da igual el tiempo que pase, porque el tiempo aquí carece de límites y dimensiones. Se ablanda, se expande, se contrae y finalmente se diluye. Es una línea recta que tiende al infinito. El tiempo ha dejado de tener valor, por eso me da igual que sea hoy o mañana. Ya estoy podrida. Ya siento miles de gusanos royéndome.

Este es mi único consuelo.

Que estoy tan muerta que Nico ya no me puede matar.»

«Santi Abad recordaba con claridad su primer día de trabajo, hacía quince años, en la comisaría de Vilagarcía de Arousa. Estaba nervioso, pero ninguno de sus compañeros lo notó. Siempre había sido un tío callado, de los que se limitan a observar y a pasar desapercibido, pero el primer día en el trabajo uno es, inevitablemente, el centro de atención.

Hoy se sentía justo así, como un novato en el primer día de trabajo. La psicóloga le había preparado para este momento. Habían hablado durante horas sobre cómo encarar su primer encuentro con Ana, sobre la necesidad de volver a la comisaría y a su trabajo, afrontando ese proceso con normalidad.

La última vez que la había visto, ella estaba en la puerta de la comisaría, con su exmujer. En el breve instante en que sus miradas se cruzaron comprendió que todas las cosas que no le había dicho a Ana acababan de caer de golpe sobre ella. ¿Cómo explicar que uno es capaz de cruzarle la cara de un tortazo a su mujer, de patearla mientras está en el suelo con los brazos cruzados sobre la cara para protegerse? Recordaba el sonido del llanto de Samanta, y el de sus costillas al romperse; esas eran las cosas que no le había contado a Ana. No sabía qué estaba buscando Sam aquel día. Quizá advertirla, mostrarle lo que había bajo la aparente frialdad del inspector Abad. Lo que quería Samanta ya daba igual. En cualquier caso se había llevado por delante la oportunidad de buscar el momento adecuado

para contarle todo a Ana; contarle que era consciente de que algo funcionaba mal dentro de él, pero que todos los días peleaba para recuperar el control.

En los días siguientes la llamó un par de veces y colgó antes de que ella contestase. Grabó mensajes de voz que nunca envió y perdió horas escribiendo wasaps larguísimos que borraba en cuanto ponía el punto final. Nunca se le había dado bien afrontar sus verdades. Lo tuvo claro dos semanas después, el día en que ella, por fin, lo llamó. El teléfono vibró sobre la mesa, seis tonos que duraron una eternidad hasta que saltó el contestador y durante los cuales él comprendió de pronto que no era capaz de hablar con ella. Echando la vista atrás, se dio cuenta de que ese fue el punto de inflexión, el instante en que tomó conciencia de que no podía volver a su vida y a su trabajo. Por eso, cuando agosto tocó a su fin, y tuvo que reincorporarse a la comisaría, le sobrevino un ataque de pánico. Eso lo sabe ahora, pero en aquel momento pensó que era un infarto. Después de dieciséis horas en urgencias descubrió que si pensaba en esa comisaría, la garganta se le cerraba, pero que eso no tenía que ver con su corazón. Como le dijo su psicóloga, respirar deja de ser un acto reflejo cuando uno toma conciencia de que quiere dejar de hacerlo.

Parado a la puerta de la comisaría, pensó que todos esos discursos de autoayuda que le había repetido hasta la saciedad semejaban perder su firmeza ahora que estaba a punto de cruzar el umbral de su antigua vida. El primer saludo fue el de Lui. Detrás de ella llegaron

los de los demás: Javi, Rubén y un par de tíos que no conocía. Como en trance, hizo un gesto con la cabeza y se dirigió a toda velocidad a su despacho mientras musitaba un ‘hola’ escueto y seco.

El despacho estaba igual: solo una mesa con un ordenador y un flexo, la estantería con los manuales de Derecho Penal, el teléfono, dos cartas a su nombre sin abrir en la bandeja metálica donde solían dejar su correspondencia. El tiempo se había detenido sobre esos objetos cotidianos. Finalmente se percató de que su impresora no estaba. Hizo un esfuerzo por serenarse. Esa carrera loca para refugiarse en su despacho no era propia de él. Recordó las palabras de su psicóloga: “Si tienes conciencia de lo que has hecho mal, es que puedes afrontarlo”.

Claro que podría afrontarlo, porque la alternativa era quedarse en casa y dejar de ser policía. Además, el consejo le parecía una tontería. Siempre había tenido conciencia de lo que había hecho mal.

Decidió que debía dar la cara y salió del despacho.

La vio de espaldas, hablando con Veiga, que acababa de entrar y aún llevaba el abrigo puesto. Le dio la sensación de que estaba más delgada, aunque no podía asegurarlo bajo ese gran jersey de lana. Lojo le había contado que había aprobado subinspección, junto con Javi, así que no sabía si la encontraría en comisaría, aunque estaba casi seguro de que seguía allí después de su conversación del viernes con Veiga.

Se dirigió hacia ellos, reprimiendo el impulso de darse la vuelta. Resultaba imposible no ponerse nervioso, no se atrevía a mirarla de frente. Había pasado de-

masiado tiempo y demasiadas cosas. Se estremeció al sentir su proximidad.

—Hombre, Abad, estaba hablando de ti. Vamos a mi despacho. ¿Ya has saludado a todo el mundo?

Santi negó al tiempo que dirigía la mirada hacia Ana. Fue ella la que habló primero.

Hola. Qué bien te veo. Una sonrisa. Y ya está. Se sintió como el gilipollas que acababa de salir de la escuela de prácticas, con la oposición recién aprobada. Sin apenas darse cuenta ya estaban ambos de camino al despacho del comisario. Buscó algo que decir que sonase coherente.»

«¿Por qué sonríes tanto?»

Ese fue su segundo mensaje. Yo estaba en la Feria del Libro de A Coruña. Recuerdo el móvil iluminándose y mi vista dirigirse rápidamente a la pantalla, de reojo y con disimulo, por si era algo urgente de casa. El número desconocido captó mi atención. Por aquel entonces no tenía guardado su contacto aún. No puedo decir que hubiera olvidado nuestro primer encuentro, pero me había parecido ridículo guardar su número con un nombre que ni siquiera estaba segura de si era verdadero o no.

La fila de personas que esperaban para que les firmase el libro no era muy larga. Era agosto y hacía un día espléndido. Recuerdo haber pensado que yo no estaría en esa fila si pudiese estar en la playa. Y a pesar de ello, sonreía, me levantaba para pasar el brazo alrededor del lector de turno, me acomodaba el cabello, mostraba mi mejor perfil y sonreía a sus móviles. Y daba las gracias. Gracias por venir.

Gracias por comprar mi libro. Espero que te guste. Es tan distinto al anterior. Las mismas frases de todas las presentaciones.

Abrí el WhatsApp y le eché una ojeada rápida. Después del “Me llamo Nico” de hacía exactamente tres semanas, al que yo no había contestado, aparecía ese nuevo mensaje.

Alcé la vista y barrí el espacio a la búsqueda del tipo alto y moreno. Ni rastro.

Seguí firmando libros, entre inquieta e intrigada. Cuando la cola acabó, uno de los organizadores me llevó a tomar algo.

Me excusé y fui al baño, buscando un poco de intimidad para poder escribirle, a sabiendas de que no era racional y que podía ser un loco.

“¿Estabas aquí? ¿En la feria?”

Contestó al instante.

“¿Tú qué crees?”

Luego nada más.

Silencio.

Tras refrescarme y retocar mi maquillaje, en un intento de justificar la demora, salí al encuentro del organizador de la feria. Estaba deseando volver a casa, pero pedí un refresco por mera cortesía, mientras pensaba en los cuarenta y cinco minutos de trayecto que me separaban de Santiago y en que mañana tendría que ir a un club de lectura en Ourense. Apuré la bebida y me despedí tras agradecer de nuevo la invitación a la Feria.

En cuanto entré en el coche me llegó la foto.

En ella se me veía en la terraza que acababa de abandonar. Yo bebía y el organizador de la feria, Pablo, hablaba con el camarero.

Estaba allí.»

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. La nueva novela de Arantza Portabales vuelve a seguir los pasos de Santi Abad y Ana Barroso. ¿Los conocíais de la anterior novela? ¿Cómo creéis que ha evolucionado su relación?
2. Ana sigue queriendo a Santi a pesar de su pasado de maltratador. ¿Pensáis que es posible vivir un conflicto interno tan desgarrador? ¿Es el amor conciliable con el miedo constante?
3. Santi trata su pérdida de control como una enfermedad que le ha acarreado una fuerte depresión. ¿Nos condiciona la sociedad y, en su caso, el trabajo para que seamos más violentos? ¿O es sólo un síntoma del patriarcado?
4. *La vida secreta de Úrsula Bas* es una novela que trata muchos temas, uno de ellos es el maltrato en las relaciones amorosas. ¿Creéis que Úrsula carece de autoestima cuando se entrega al juego con Nico? ¿Puede la peligrosidad hacer más atractivo a alguien?
5. Úrsula lleva una doble vida en su casa, con su hija y su marido. ¿Es posible no darse cuenta en un matrimonio de que uno de los dos está teniendo una aventura? Más difícil es la perspectiva *a posteriori* de Úrsula. ¿Pudo no darse cuenta en tantos años de que su marido es un psicópata? ¿Se sentía ella inconscientemente atraída por Nico por lo mismo?
6. La excusa de Lois para vengarse de Úrsula y tener una aventura era que ella se estaba volcando demasiado en la escritura y en su faceta de artista. ¿Pensáis que la independencia laboral, económica y social de la mujer ha acentuado la violencia machista por una falta de aceptación de nuevos roles de género?

7. Santi, Ana y Álex acaban formando un triángulo amoroso en el espacio de trabajo. ¿Creéis que es algo común? Barroso y Abad se culpan del desenlace del caso por haber antepuesto sus problemas personales. ¿Las tensiones sexuales en el trabajo pueden dar lugar a muchos otros problemas? ¿Son Santi y Ana de verdad responsables de lo ocurrido?

8. Ana pasa mucho tiempo luchando contra la actitud paternalista que recibe todo el tiempo en la comisaría por parte de sus superiores. ¿Creéis que las mujeres en la policía reciben un trato discriminatorio? Si es así, ¿es realmente de corte paternalista o es sólo otra forma de machismo?

LA AUTORA



ARANTZA PORTABALES (San Sebastián, 1973) es licenciada en Derecho por la Universidad de Santiago de Compostela. Inició su carrera literaria en 2013 con la microficción. Tras participar en obras colectivas como *40 plumas y pico*, *Las palabras contadas*, *Lecturas d'Espagne*, *Purrorrelato de Casa África*, *Escribo 3*, *Microvuelos* y *Cincuentos*, en 2015 apareció su primer libro de microrrelatos, *A Celeste la compré en un rastrillo*, así como su primera novela en lengua gallega, *Sobrevivindo*, merecedora del XV Premio de Novela por Entregas de *La Voz de Galicia* (de próxima publicación en Lumen). En

2017, su relato «Circular C1: Cuatro Caminos-Embajadores» obtuvo el Premio de Narración Breve de la UNED, y su microrrelato «Las musas» resultó ganador del concurso de la Microbiblioteca de Barberà del Vallès. Los derechos de su segunda novela, *Deje su mensaje después de la señal*, publicada inicialmente en gallego, fueron vendidos a cuatro importantes editoriales extranjeras tras la noticia de su publicación en Lumen. Con *Belleza roja* (Lumen, 2019) inició la serie protagonizada por la pareja de policías Abad y Barroso, que continúa en *La vida secreta de Úrsula Bas*.

